

MUERTE SIN FIN:

TRASCENDENCIA DE LA MUERTE

El cielo y la tierra pasarán
pero mis palabras no pasarán.
Lucas 24, 10.

¡Templado hielo, sí, glacial abrigo!
¡Cuánto —para que dure en él— liberta
en mí, que ya no morirá conmigo!
José Gorostiza, "Presencia y fuga".

La palabra, principio de creación y destrucción, testimonio de la realidad del hombre: angustia, miedo, pasión, alegría, tristeza, necesidad. Esa palabra que capta la esencia universal convertida en poema es una vía de trascendencia, de reflexión, de armonía y unidad con el cosmos; es además una manera en la cual el poeta se asemeja a Dios pues cada poema es una nueva creación del mundo, un microcosmos. Al poeta, como expresa Gorostiza, "se concedió por vez primera la dicha de dar nombres a todas las cosas. Debe estar seguro de poseer un mensaje que sólo él sabrá traducir, en el momento preciso, a la palabra justa e imperecedera" (Gorostiza, 1964: 24). Este nombrar primero es el acto de creación poética en el cual se le da un nuevo sentido propio y singular a las palabras. El artífice capta la poesía, que es el mensaje omnipresente, es la esencia de todo lo que rodea al poeta y puede ser motivo de inspiración; el poeta debe aspirar a conjugar ésta con la palabra precisa, contundente y trascendente, para concretarla en una forma. Ese es el verdadero poema lleno de poesía perenne. Respecto al creador, dice Heidegger citando al poeta de la poesía, Hölderlin: "y se le ha dado a él, el semejante a los Dioses,

poder superior para ordenar y ejecutar, y por eso también se le dio al hombre el más peligroso de los bienes, la palabra, para que creando y destruyendo, haciendo parecer y devolviendo las cosas a la sempiterna viviente dé testimonio de lo que él es" (Heidegger, 1989: 22).

La palabra conecta con la idea, con la razón, con la imaginación y con la creación, facultades únicas en el ser humano, por medio de las cuales se sublima al nivel de la Divinidad. Estas facultades son peligrosas para sí mismo y para los demás por su poder de creación y destrucción, por la conciencia o evasión, así como por el placer o la incomodidad que suelen provocar en la sociedad, especialmente en quienes detentan el poder, pues la poesía es transgresión y búsqueda de la recóndita esencia del ser humano.

El autor de *Muerte sin fin* reflexiona poéticamente sobre la comparación que hace del macrocosmos y del microcosmos; en este paradigma el poeta es semejante a Dios, pues con su palabra crea y destruye, hace perecer y vivir. Para lograr esto, busca la manera de entender ontológicamente a Dios y al hombre mediante la analogía del vaso y el agua respectivamente.

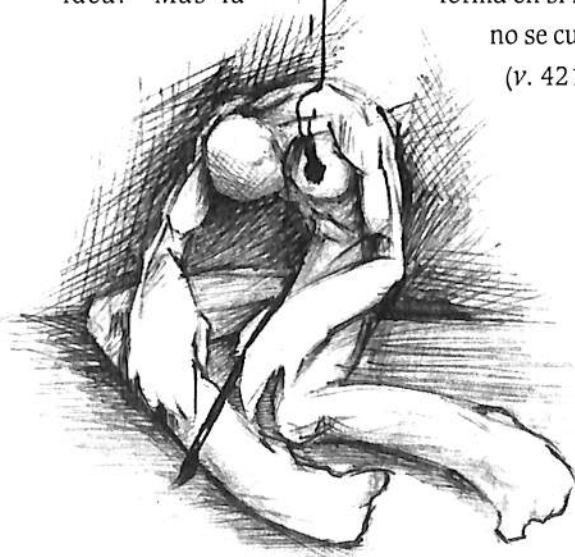
En *Muerte sin fin* la reflexión sobre forma y substancia se hace patente desde los dos primeros versos: "Lleno de mí, sitiado en mi epidermis/por un dios inasible que me ahoga". La forma del yo lírico está constreñida por el Dios que la ahoga en el agua con la cual se identifica, así "por el rigor del vaso que la aclara,/el agua toma forma." (vv. 21 y 22) La esencia, Dios tal vez "no sea sino un vaso/ que nos amolda el alma perdidiza" (vv. 54 y 55). Mediante la prosopopeya el agua y el vaso están dotados de vida, sienten.

El agua amorfa que corre por el suelo o que se estanca, se levanta, se sublima con el vaso pues así "se pone de pie, veraz, como una estatua" (v. 80) a imagen y semejanza del vaso del Dios creador como aparece en el *Génesis*.

El poeta, creador semejante a Dios, crea el poema, lo ordena, como dice uno de los proverbios que sirven de epígrafe al poema "con él estaba yo orde-

nándolo todo" pues cada poema es una nueva creación en el mundo de la palabra y de las ideas. Gorostiza sostiene que "el poeta puede —a semejanza suya— sostener por un instante mínimo el milagro de la poesía. Entre todos los hombres, él es uno de los pocos elegidos a quien se puede llamar con justicia un hombre de Dios" (Gorostiza, 1964: 25). El poeta como un demiurgo crea formas con la substancia poética, pues "[...] la raíz de la palabra esconde/ el frondoso discurso de ancha copa/ y el poema de diáfanos espigas" (vv. 189 al 191). A través de la palabra poética, el poeta se reencuentra a sí mismo y participa en la creación tocado por la "i[...] inteligencia, páramo de espejos!" (v. 270) que refleja la inteligencia total y maravillosa del Ser supremo. La inteligencia que inunda, fecunda y crea nuevos mundos deslumbrantes, iluminados por la poesía a la manera panteísta.

En *Muerte sin fin*, agua y vaso son análogos a hombre y Dios, también a poesía y poeta, sólo la relación de ambos da lugar a la forma, a la presencia de la esencia; el vaso le proporciona la forma al agua, pero el vaso necesita del agua para ser plenamente; el agua, sólo se yergue con el vaso, así como el hombre con Dios o la poesía con el poeta. El verso: "Pero se cumple" (v. 396) idea: "Mas la forma en sí misma no se cumple" (v. 421). Los



dos versos son introducidos por una conjunción adversativa, pero y más, respectivamente, pues a pesar de todo, ni la esencia ni la forma cumplen su cometido por separado, sino en comunión. La autonomía de ambas genera egolatría y soberbia, pero también no son plenamente si no se complementan, si no es espejo una de la otra, pues ambas se necesitan. "El vaso de agua es el momento justo./ En su audaz evasión se transfigura" (vv. 466 y 467). Es el momento exacto en el cual existe la unión de contrarios y complementarios: vaso, agua, Dios, hombre, poesía, poeta. ¿Qué puede ser ese Dios —o poesía— "¿[...] si un vaso no?/ Un minuto quizá que se enardece/ hasta la incandescencia" (vv. 81 al 83); "ocurre, nada más, madura, cae/sencillamente,/ como la edad, el fruto y la catástrofe." (vv. 94 al 96)

Pero ese Dios de "tan perfecta crueldad" "somete sus imágenes al fuego/ de especiosas torturas

que imagina/ —las infla de pasión./ en el prisma del llanto las deshace" (vv. 194 al 197). La poësis divina forja su creación en el dolor ígneo, en el trabajo, en el crisol que hará meritorio, sorprendente y majestuoso el resultado; a través del dolor humano hay aprendizaje y sublimación, hay poesía en su esencia.

También a través del trabajo arduo, laborioso y frecuentemente doloroso —por los sentimientos que involucra— surge la creación poética, la belleza espléndida del poema hecho forma, el cual ya ha incrustado en sí mismo la poesía como crea-

ción divina, como sublimación y vértice de unión entre Dios y poeta.

La angustia, el odio, la enfermedad son exaltados por el sujeto lírico como actos de Dios hacia los hombres o como manifestación de los sentimientos del poeta en el poema, pues son sentimientos humanos. El creador moldea su creación.

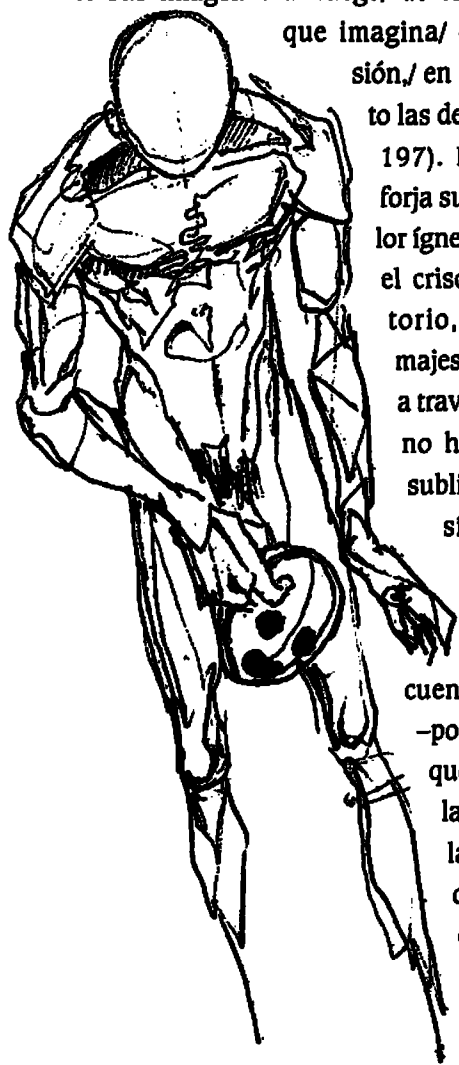
toma en su mano etérea a la criatura
y la enjuta, la hincha o la demacra,
como a un copo de cera sudorosa,
y en ilustre hallazgo de ironía
la estrecha enternecido
con los brazos glaciales de la fiebre.
(vv. 209 al 214)

Los sentimientos angustiantes se ven coronados —por medio del oxímoron que une a los contrarios— con el amor a lo creado. Sin embargo, esa forma "[...] la pura forma,/ se abandona al designio de su muerte" (vv. 514 y 515) "muerte sin fin de una obstinada muerte" (v. 241); "cuando al soplo infantil de un parpadeo,/ la egregia masa de ademán ilustre/ podrá caer de golpe hecha cenizas." (vv. 457 al 459). Predominan en el poema sustantivos y adjetivos que remiten a campos semánticos de muerte, dolor, enfermedad, angustia, pero también de amor. Por ellos hay una concepción catastrofista, es lo que ha hecho a la crítica apreciar el poema como pesimista, como manifestación de un panorama desolado de la existencia humana.

Por ejemplo, Ramón Xirau asevera: "A través de una serie de imágenes continuadas nos dice Gorostiza la zozobra del hombre, la muerte del universo y de Dios y aun, sugiere la imposibilidad de la poesía misma" (Xirau, 1955: 13).

Según Alf Chumacero:

Muerte sin fin, al concebir la inteligencia humana como una ola del tiempo, sujeta a la aniquilación o como un páramo sólo capaz de producir metáforas perecederas, anuncia su ineficiencia y, por consiguiente, la fragilidad de la soberbia. El reconocimiento de esa destrucción, el horror a desaparecer, el temor a Dios, el pavor de regresar a la raíz —cuestiones, constantes en sus reflexiones



poéticas—, nada tenían que ver con el carácter apacible del Gorostiza que yo conocí.
(Chumacero, 1989: xviii)

Ramón Xirau y Alí Chumacero tienen un concepto similar de *Muerte sin fin*; es interesante e iluminador lo que dice Chumacero de la contradicción del poema con la personalidad de Gorostiza.

Para Octavio Paz “el poema de Gorostiza es un himno fúnebre. Canta la muerte de Dios, que regresó a lo oscuro. Canta también la muerte de la conciencia universal. Y la de cada uno de nosotros” (Paz, 1971:89). Son coincidentes los conceptos que tienen los autores citados, pero como dice Paz: “los significados de un poema —cuando se trata de un verdadero poema— son múltiples y acaso, infinitos” (*Ídem.*) sin olvidar que esos significados son constreñidos por el mismo texto, así como lo dice Umberto Eco en *Los límites de la interpretación*.

Muerte sin fin es un verdadero poema cuya característica fundamental es la unión de contrarios en la metáfora, como el vaso y el agua, la ironía de la crueldad divina que finalmente con ternura abraza a la criatura “con los brazos glaciales de la fiebre” (oxímoron).

Otro contraste que dota de emoción y suspenso al poema es el uso de la gradación descendente y ascendente pues la muerte se prepara poco a poco, minuto a minuto “¡miradlo en la lenteja del reloj, / neto, puntual, exacto, /correrse un eslabón cada minuto!” (vv. 454 al 456).

Paradójicamente el nacimiento asegura la muerte, apenas se nace y se empieza el proceso de envejecimiento en la edad “senil recién nacida” (v. 443). Con esta unión de contrarios abundan los campos semánticos de muerte y vida, apoyados en aliteraciones: la muerte es nada, silencio (predominan los sonidos con s), “[...] el hombre descubre en sus silencios/ que su hermoso lenguaje se le agosta” (vv. 560 y 561). La vida es sonora, palpitante, se destacan los sonidos de l, m, y r, junto a la sinestesia o sensaciones que provoca el discurso que describe la sensibilidad de los sentidos.

Iza la flor su enseña,
agua, en el prado.

¡Oh, qué mercadería
de olor alado!
(vv. 301 al 304)

Muerte sin fin es el escenario de la lucha de contrarios que finalmente se complementan en la unión. Al respecto Paz escribe: “la dialéctica del poema no es diversa a la

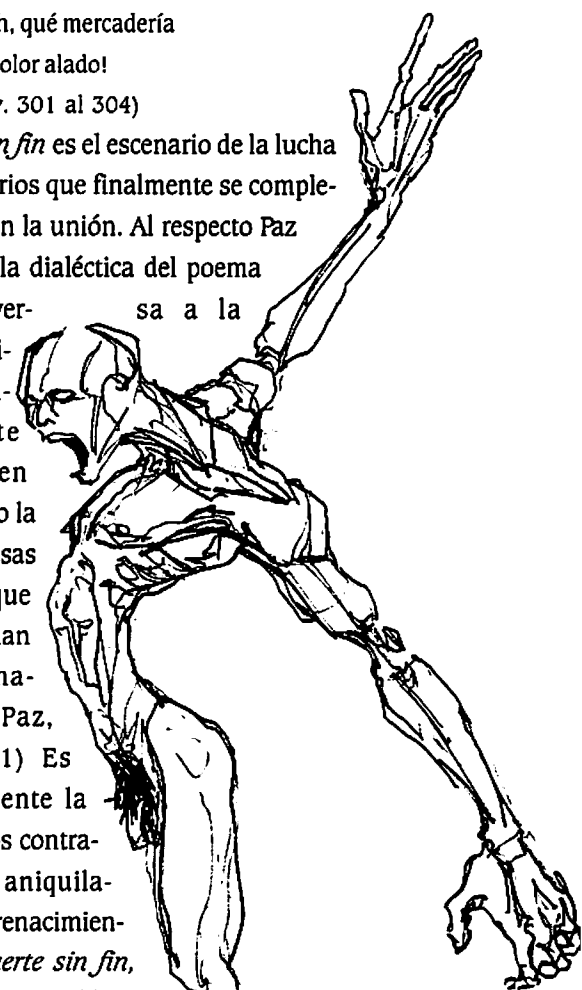
de la realidad; simplemente recrea en otro plano la lucha de esas fuerzas que se aniquilan para renacer.” (Paz, 1971: 91) Es precisamente la

idea de los contrarios, del aniquilamiento y renacimiento, en *Muerte sin fin*, lo que hace posible ver más allá, pensar en la trascendencia de la muerte y percibir de manera más optimista este poema, pues el sujeto lírico insiste en la importancia de los ritmos: “¡planta-semilla-planta!/ ¡planta-semilla-planta!” (vv. 160 y 161) que se dan en un ciclo de vida, muerte, vida latente a punto de estallar, vida, muerte...

En estos ciclos el tiempo es decisivo.

Es el tiempo de Dios que aflora un día,
que cae, nada más, madura, ocurre,
para tornar mañana por sorpresa
en un estéril repetirse inédito,
como el de esas eléctricas palabras
(vv. 100-104)

El tiempo ligado al nacimiento, a la muerte también es testigo en ese “mañana” de la repetición del ciclo vital y de todos sus fenómenos; así como de la creación y recreación de “esas eléctricas palabras”: el poema, que —cuando es verdadero, lleno de poesía— no muere, se repite, es creado por sus recepto-



res con una nueva vida, con una nueva visión de su mensaje, eso es lo que sucede con *Muerte sin fin*: un continuo renacer más allá del tiempo pues es un microcosmos que al igual que el macrocosmos está sujeto al ciclo de la muerte y al renacimiento.¹

El poema de Gorostiza canta un proceso inverso al del *Génesis* éste es el de la creación, el otro de la descreación de regreso a los orígenes, pero también de la semilla latente, del inicio. Lo anterior se puede apreciar en los versos 606 al 623.

cuando todos inician el regreso
a sus mudos letargos vegetales;
[...]
cuando todo –por fin– lo que anda o rept
y todo lo que vuela o nada, todo,
se encoge en su crujir de mariposas,
regresa a sus orígenes
y al origen fatal de sus orígenes,
hasta que su eco mismo se reinstala
en el primer silencio tenebroso.

En el silencio tenebroso la palabra ya no se emite, no se crea pues “[...] nada ni nadie, nunca, está muriendo” (v. 718) ya no hay muerte en este final del poema donde se cierra el ciclo, si bien se dice que Dios está solo porque en ese momento ya no se refleja en su creación y gime “con un llanto más llanto aún que el llanto”, es cierto también que hay

sensibilidad y amor de parte del creador –también poeta–; ha “[...] ahogado su palabra sangrienta”, ha terminado su creación hasta la nada,² como el nirvana³ por ello paradójicamente hay unión con la creación a la cual se ama. Así termina el poema con palabras: ¡ALELUYA, ALELUYA! Alegría, triunfo de las palabras que destruyen o crean, triunfo de la vida, que se reinicia en el Romance:

¡TAN-TAN! ¿Quién es? Es el Diablo,
es una espesa fatiga,
un ansia de trasponer
estas lindes enemigas,
este morir incesante,
tenaz, esta muerte viva.
(vv. 727-732)

Concluye *Muerte sin fin*, en este romance que aunque sigue la tónica aparentemente pesimista de todo el poema es una forma musical, de vida, alegría y tentación representada por el Diablo. Por ello finalmente le dice la muerte:



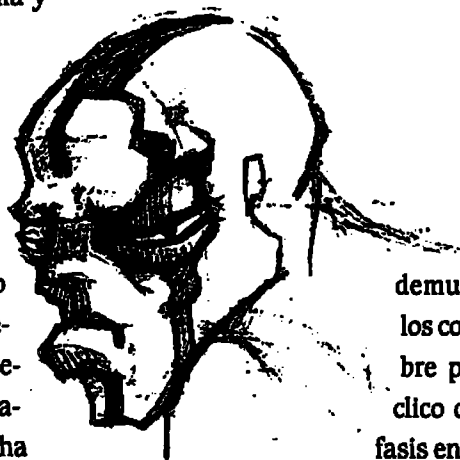
- 1 Aquí se refleja la ideología de Gorostiza con un profundo influjo oriental, en la cual hay ciclos interminables de florecimiento creativo y de reabsorción cósmica. En esta concepción hindú Shiva crea, todo evoluciona, se realiza la historia, para que posteriormente Visnú reabsorba el universo en sí mismo, lo cual dará lugar al resurgimiento de la vida. Para el taoísmo hay un “retorno al huevo”, al Gran Uno primordial; así hay una repetición rítmica: vida y muerte, muerte y vida que se suceden.
- 2 Algo similar sucede con el teatro japonés *Nô*, en el cual la nada y el silencio son elocuentes, es el fin último del teatro, pues la emoción brota de la quietud.
- 3 Es la nada, el ego y el yo desaparecen, la deuda kármica queda dispensada y no hay necesidad de reencarnar. Se ha vencido la muerte en el deleitoso estado de unión con la Suprema Entidad (objetivo de la práctica hindú, budista y de yoga). El nirvana equivale al misticismo cristiano de unión con Dios (Cfr. Campbell, 1993: 80-81). Se introduce este concepto porque Gorostiza era conocedor del esoterismo y de la cultura oriental.

¡Anda, putilla de rubor helado,
anda, vámonos al diablo!

De esta manera, estando instalado en la vida se puede reflexionar cíclicamente sobre el vaso, el agua, Dios, el hombre, el poeta, la poesía, la forma y la muerte.

La palabra une el macrocosmos y el microcosmos poético por su principio de creación, si hay analogía entre Dios y el poeta habrá también en sus creaciones: el hombre y el poema. Contrario a lo que ha comentado la crítica, Gorostiza cree —como lo ha expresado— en sus "Notas sobre poesía" en el poema con "palabra justa e imperecedera", no en la forma vacía que aunque parezca magnánima y deífica se desploma hecha cenizas. Concibe el poema como vehículo de investigación de las esencias; por ello, pide la liberación de la inspiración y la palabra ya que no morirá con él. En la reflexión sobre la muerte de "pura forma" vacía de poesía, demuestra que la forma llena de poesía de su poema *Muerte sin fin* es un monumento a la poesía que no perece. El poema se yergue, como el agua por el vaso, por su creador: el poeta, quien refleja la "inteligencia, páramo de espejos" de la Divinidad; por eso, en sí mismos no se cumplen, están unidos indisoluble-mente por los vasos comunicantes de la analogía, el ser, los conceptos, las imágenes, el rito cíclico, las palabras unión de los contrarios como complemento: el universo. Dentro de esa concepción plena, Gorostiza maneja los contrarios como paradojas, ironías, oxímoron, gradaciones apoyadas en campos semánticos contrarios en los que predomina la angustia y la muerte, tal vez para exaltar lo contrario y lo complementario: la vida y la verdadera forma poética. Por estas características, en el poema de Gorostiza hay que indagar más allá de las palabras, pues el autor intenta "hurgar con la palabra más allá de la superficie de los conceptos y poner a flote el impulso invisible que mueve las apariencias" (Chumacero, 1989: xix).

Se ha dicho que *Muerte sin fin* es un poema fúnebre y es válida esa interpretación, no única. Aquí se



demuestra el otro lado con los conceptos de Gorostiza sobre poesía, el desarrollo cíclico del poema que hace énfasis en la muerte y destrucción

pero también en el renacimiento, la nada como unión de todo, la regeneración y el principio. En el proceso cíclico inverso al *Génesis* hay un eterno retorno. *Muerte sin fin* canta la muerte, proclama la vida, la muerte de la pura forma, la palabra creada y recreada. La palabra que no pasa, que no muere con él: *Muerte sin fin*, vida sin fin, porque a decir de Gorostiza: "En medio de un perecer infinito no podemos concebir sino lo eterno" (Gorostiza, 1969: 109). LC

BIBLIOGRAFÍA

- Campbell, Eillen (1993), *Claves del ocultismo y la tradición oriental*, Barcelona, Robin Book, 134 pp.
- Chumacero, Alf (1989), "Liminar" en José Gorostiza. *Poesía y poética*, México, FCE, 379 pp.
- Eco, Umberto (1992), *Los límites de la interpretación*, 3ª ed., México, Lumen, 267 pp.
- Gorostiza, José (1964), *Muerte sin fin y otros poemas*, México, FCE, 149 pp.
- ____ (1969), "Ramón López Velarde y su obra" en *Prosa*, Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 230 pp.
- Heidegger, Martin (1989), *Hölderlin y la esencia de la poesía*, Barcelona, Anthropos, 87 pp.
- Paz, Octavio (1971), *Las peras del olmo*, Barcelona, Seix Barral, 224 pp.
- Sagrada Biblia* (1941), Barcelona, Herder, 1545 pp.
- Xirau, Ramón (1955), *Tres poetas de la soledad*, México, Librería Romero, 69 pp.